



ALBOAN

Mañana, el Capitalismo

Manfred Nolte

Este artículo reflexiona sobre la actual crisis del capitalismo, haciendo un repaso a las evidencias discutidas en el Foro Económico Mundial de 2012 que denuncia el fracaso de determinados “modelos caducos y agonizantes” así como la necesidad de nuevas formas de pensamiento.

No hace falta haber ejercido de indignado en Sol, Zuccotti Park o San Pablo en Londres, ni haber acampado estos días en un Iglú en Davos para darse cuenta que algo va mal, muy mal, en el vigente sistema de libre mercado. Por inducción, de abajo arriba, los males que campean a sus anchas por las diversas capas sociales –crecimiento anémico y paro insoportable- han convergido en una alarma todavía silenciosa, a medio camino entre la resignación y la credulidad forzada, han alzado los brazos y han dado en señalar con el dedo índice al falsario de la trama, al presunto impostor: el capitalismo. La era del triunfalismo del libre mercado ha llegado a una parada y la crisis que destruyó Lehman Brothers vuelve a hacer de las suyas.

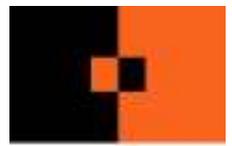
Semanas atrás, el rotativo británico Financial Times ha abierto una tribuna de discusión sobre el tema. Por sus páginas han transitado acreditadas plumas del mundo de la política, la prensa, o de la academia, respetados representantes de credos y tendencias tan sugerentes como contradictorias, donde las conclusiones siempre múltiples e inciertas quedan supeditadas a las claves de los argumentos muchas veces apasionadas, otras por el contrario, rendidas sin condiciones a la decepción. Jeffrey Sachs, El-Erian, Bill Clinton, Martin Wolf, Otmar Issing o Larry Summers han sido algunos de los firmantes.

Casualmente, el parlamento británico ha celebrado un debate paralelo. Sus tres líderes políticos David Cameron, Edward Miliband y Nick Clegg han mostrado sus diferencias, aunque los dos últimos no se hayan atrevido a descalificar la encendida defensa del statu quo realizada por el primer ministro.

Abundando en lo mismo, Klaus Schwab, fundador y alma del Foro Económico Mundial no se ha cortado al denunciar el fracaso de determinados “modelos caducos y agonizantes”, de la necesidad de nuevas formas de pensamiento hasta concluir que “el capitalismo en su forma actual no funciona.”

Los ciudadanos americanos han sido tradicionalmente los más entusiastas campeones del capitalismo. Sin embargo, una encuesta reciente –‘Edelman Trust Barometer’- ha concluido que si un 46% de la población yanqui tenía una opinión positiva acerca del sistema, un 40% mostraba abiertamente sus reservas, con una postura hostil entre los jóvenes entre 18 y 29 años.

¿Es justificable este desencanto? Ello dependerá de la respuesta a una doble pregunta, a saber, si los problemas presentes tienen soluciones directas dentro de las coordenadas existentes y de si son imaginables alternativas mejores.



ALBOAN

Pocos niegan que, en los últimos doscientos años, la codiciosa mano invisible de Adam Smith ha promovido la competencia, la división del trabajo, la innovación y con ellas el progreso y cotas mas altas de bienestar para la humanidad. Un triunfo debido a que bajo sus pautas se han creado oportunidades de riqueza para amplísimas masas sociales y con ella se han asegurado la educación de sus hijos, una cobertura de necesidades razonable y la posibilidad de una vejez decorosa.

Pero los problemas- como ha señalado el imprescindible Jeffrey Sachs- amenazan con eclipsar los logros incontestables, porque distan flagrantemente de contribuir al bien común en un buen número de supuestos.

Fracasa el modelo, en primer lugar, cuando se rompen las reglas de la competencia perfecta debido a prácticas monopolísticas o de información asimétrica, como en el fraude de las hipotecas 'sub-prime'. O en otras discriminatorias como las de las 'entidades financieras demasiado grandes para quebrar' privatizando beneficios y socializando pérdidas que socavan no solo la confianza en la economía de mercado, sino en el principio básico societario en el que los individuos son responsables de sus acciones.

Fracasa el sistema circulatorio del capitalismo, la Banca. Hasta el gran liberalismo de Ronald Reagan la Banca abría depósitos y concedía préstamos mientras que los modernos banqueros se afanan en complejas operaciones que desatienden el interés de sus clientes, al tiempo que crece la convicción de que la industria financiera –incluso la apoyada con fondos del contribuyente- constituye una reserva protegida que agasaja a sus moradores con sueldos millonarios y 'bonus' imposibles con independencia o incluso en contra de su rendimiento.

Fracasa cuando conduce, como es el caso, a unas desigualdades inaceptables. En las últimas tres décadas, las desigualdades en la renta personal se

han incrementado en 17 de los 24 países de la OCDE, según muestran las estadísticas recientes. Y en Estados Unidos el 0,1% de la población concentra incrementos de ingresos espectaculares a tipos tributarios irrisorios. Una desigualdad exacerbada no solo ofende a los perceptores de rentas bajas o modestas sino que obstaculiza la productividad y el crecimiento. Es esencial, porque es política y moralmente esencial, reconducir el principio de la igualdad de oportunidades a límites tolerables, una zona que linda peligrosamente con el de la tolerancia hacia creados intereses minoritarios particulares y corruptos.

Fracasa cuando una avaricia miope hipoteca la viabilidad de generaciones futuras en beneficio de las presentes, activando una insostenibilidad medioambiental, que es otra forma obscena de desigualdad entre generaciones en lugar de entre clases.

Fracasa cuando promueve un modelo hiperconsumista que conduce al sistema a crisis recurrentes –endémicas- a través de exuberantes ciclos de dinero barato, desequilibrios de balanzas y finalmente de estallidos de burbujas sectoriales. Y con ello al crecimiento anémico y a la lacra del desempleo estructural.

Fracasa al ser incapaz de cubrir el *gap* entre la oferta y demanda de gobernanza, el bache entre una economía global y una política local porque los países han cedido poder a la globalización. Un capitalismo globalizado ha superado la capacidad de los gobiernos nacionales para gestionarlo.

Por estas y otras muchas razones un capitalismo con éxito no puede descansar exclusivamente en los postulados de una eficiencia egoísta y ciega que conduzca a resultados desastrosos para las mayorías, sino que tiene que integrarse en un marco de valores de naturaleza



ALBOAN

moralista y solidaria. Aunque haya que parafrasear la famosa frase de Winston Churchill aplicada a la democracia y constatar que el capitalismo es 'la peor forma de relación económica con excepción de todas las demás que han sido probadas', este debe representar un medio para la libertad y la prosperidad y no un fin en sí mismo. Recuperar nuestra armadura moral y una actitud de acción colectiva basada en una regulación global y una apropiación certera de las decisiones públicas –sin burocracias- pueden ser las bases de una nueva era.